



EL PESCADOR, 1960

La Visita

Lidia Machado Hera

LA VISITA

Lidia Machado Hera

No siempre el hombre ha querido recorrer el mundo para descubrir tesoros.

Esta es la historia de uno de aquellos hombres que caminaban cabizbajos, dando vueltas alrededor de un círculo y torturándose, si un ápice de curiosidad le pellizcaba la voluntad de averiguar qué había en el horizonte. Vivía en un pueblo costero de calles paralelas y el único lugar donde se cruzaban los inquilinos para murmurarse un ronquido por saludo, sin mirarse a los ojos, estaba justo en el centro de una plaza descuidada donde se alzaba el pozo del que se extraía agua potable. Los vecinos caminaban lentos y sus actividades siempre daban la sensación de quedar inconclusas. La casita de Anastasio quedaba en la esquina de paso obligado para llegar a la fuente. Así, un día tras otro, el hombre veía pasar su vida tras una ventana. Como todos los habitantes del caserío, él tampoco sabía exactamente lo que era el mundo. Pero una mañana se vio a un desaliñado forastero lavando su polvorienta cara en el pozo de la plaza. Hacía muchos años que las caras se repetían como el pescado, el pan, el aire; el recién llegado descolgó su mochila y buscó tocándose la barriga, algún cartel o indicio de hospitalidad. Estaba cansado, hambriento y aún suponía que muy lejos de su destino real. Vio una luz tenue en una ventana semicerrada y se encaminó con pasos ansiosos a la puerta. Los nudillos se le ensangrentaron de tocar y por toda respuesta silbó una lechuza.

Anastasio lo vio volverse hasta la fuente y se sintió raro, pero estaba la noche muy fría y la pesca escasa. El tenía que madrugar, así que se acostó con los ojos fijos en el techo.

Las mañanas eran igual de aburridas en el pueblo, por eso, no había calendario, eran noche y día, unos tras otros, sin importar el día de la semana. Pero era sábado y el sol iluminaba toda la superficie del mar con una transparencia sobrenatural. Fue cuando percibió las aves, nadando entre una güira arrastrada por la corriente marina y, de repente, el revoloteo y graznido de los patos alzando vuelo. Menos uno, en la mano extendida del desconocido. Anastasio perdió el control de su caña, asustado, pero mayor fue su desconcierto cuando el extraño hombre con actitud de fastidio, dejó libre el succulento manjar. No lo entendía <<cuando tienes hambre hay que llenar el estómago según su ley>>. El hombre totalmente mojado se dejó caer a pocos metros de Anastasio y fue cuando a éste se le saltaron las palabras y balbuceó:

-¿por, por qué?

El desconocido lo miró desfallecido y repitió:

-¿Por qué, qué?

-el pato..., lo dejó irse.

Entonces, de cuclillas ante él. Anastasio no podía dejar de abrir y volver a abrir sus ojos tristes con la repuesta que obtuvo.

-Es demasiado joven, aún no llega a la edad del primer apareamiento. Es pequeño y tiene poca carne, sería criminal y ni siquiera mitigaría mi hambre.

Luego, se paró y empezó a caminar pueblo adentro.

Anastasio pensó en cuántos peces a lo largo de su vida había dejado fuera del jacal y fue su angustia de la hambruna presente lo que le hizo aquella tarde acompañar al desconocido y enseñarle el hostal mal viviente del pueblo. Supo que su barca estaba estropeada más al sur y

que su viaje era mucho más lejos. El hombrecillo le dijo que cómo podía agradecerle su generosidad.

Con su mirada de cansancio, Anastasio se sintió raro otra vez. El lo tenía todo, una cama, aquella casa donde cobijarse y morir ¡qué podía querer! El hombrecillo le dijo, al observar su silencio vacío, que necesitaba herramientas y su compañía para reparar la avería y seguir su camino. Cuando pasaban la plaza, todas las miradas del pueblo iban tras sus pasos.

La rotura era complicada y, a pesar de la habilidad que demostraba el desconocido, tardaría bastante. A Anastasio le gustaba mirarlo mientras trabajaba y, poco a poco, se entabló entre ellos una conversación sutil, aunque un poco arisco, Anastasio comenzó a aceptar que era agradable experimentar aquellas sensaciones extrañas cada vez más frecuentes. A veces preguntaba cosas que el forastero mostraba rostro sorprendido, pero siempre y con su mejor explicación le respondía. También la gente del pueblo comenzó a asociarlo y si no le saludaban, al menos empezaron a dejar de mirarlo como una amenaza.

Un día, Anastasio se plantó frente al hostel con su caña de pescar y esperó paciente a que el desconocido saliera. Este lo saludó con afecto y Anastasio hizo una mueca tratando de corresponderle.

-Buenos días.

-¿Qué tal, de pesca tan retrasado?

-No, hoy quiero preguntarte de tu vida –y alzó un poco la vista, como si le pesaran los párpados.

-¡Venga hombre, para luego es tarde!

Salieron caminando hasta la costa, en unas horas más el pueblo sería un recuerdo lejano. Anastasio lo sabía, por ello, después de una batalla consigo mismo, pensó que o se decidía o perdería la oportunidad de saber qué era aquella cosquilla que le contagiaba el hombrecillo.

- ¿Cuándo tu barca esté lista, dónde irás?
- ¡Ah, hermano!, seguiré descubriendo el mundo.
- ¿Y, para qué necesitas hacer eso?
- Para sentirme vivo.
- ¿Por qué siempre estás sonriendo y a pesar de las dificultades dices que la vida es maravillosa?
- Porque tengo fe.
- ¿Qué es la fe?
- Es la fuerza interior de cada hombre para elegir su destino.
- ¿Y crees que yo también puedo ser igual que tú?
- Ya lo eres, desde que te inquietas por darte respuestas.
- ¿Y no tienes miedo a lo desconocido?
- Sí y mucho, pero más le temo a lo conocido que no me gusta.

El forastero se marchó con su gran sonrisa al día siguiente y Anastasio se sintió triste de su ignorancia, de su rutina e insatisfecho de la soledad. El también quería ser feliz. Esa noche clavó los ojos en la luna llena y recordó al hombrecillo con gratitud. Había encontrado la manera de dejar de sentirse extraño, ahora era una caricia suave que le invadía el corazón y comprendió la felicidad ajena, aquel pueblo necesitaba voluntad para despertarse y empezó sembrando flores en su jardín, saludando mirando a los ojos, ayudando a sacar el agua del pozo y un buen amanecer el pueblo fue una fiesta de alegría, trabajar la tierra, un acto de amor no de supervivencia y el mar que les rodeaba un hermoso lugar donde disfrutar de la naturaleza. Anastasio aprendió que el mundo hay que comérselo a fuerza de deseos y que su mejor aliada es la confianza, rejuveneció y se convirtió en el fabulador preferido de los chiquillos que le apodaron “el pirata” porque con él descubrieron la

riqueza de los sueños y a compartir el sentimiento de cercanía y tolerancia que hace a los hombres, libres

MECIENDO EL VIENTO
PUEDE EMBOTELLARSE LA VELA
PERO NUEVAS RUTAS EN EL MAR,
DEPENDEN DEL MARINERO,
YO TE REGALO
EL CUADERNO DE BITÁCORA.